

atendida como siempre mi recomendación, había sido indultado el capitán carlista Gabino Zuricalday. Eh... ¿qué tal?

—Está bien; pero aún no sabe usted lo mejor, quiero decir, lo peor. El padre Carapucheta, que es hombre á quien no se le escapa nada de lo que ocurre entre carlistas *buenas* y *malas* y tiene allá sin fin de espías que le cuentan todo, me ha enterado de que Gabino, en cuanto pescó *la indulta*, se fué á mi pueblo, cogió al nuestro hijo y se largó con él á la frontera de Francia, donde estará en espera de que don Carlos le dé el mando de *otro batallona*.

—Todo eso, Silvestra carísima—afirmé yo poniendo en mi rostro una calma seráfica,—no es para que cojamos el cielo con las manos. Serenidad, amiga mía. Lo primero es inquirir por ese clérigo Carapucheta el lugar donde Zuricalday se encuentra, y seguirle los pasos hasta que se agregue de nuevo al Ejército de don Carlos.»

Chilivistra, levantándose airosa y extendiendo hacia mí su brazo, me dijo con rígida solemnidad: «¿Y podré yo contar, pobre mujer sola y sin amparo, con un caballero hidalgo y valeroso que me asista en los pasos arriesgados que son precisos para rescatar á mi hijito de las manos de Gabino, *forajida mala*?

—Aun siendo preciso ir al mismo infierno, y pasar por entre todas las catervas de diablos que andan sueltos por el mundo—exclamé yo, dándome en el pecho un fuerte gol-

pe,—aquí está el caballero, servidor y esclavo de la dama dolorida.

—Mire lo que dice y á qué se compromete.»

Repetí yo, puesto en pie, con hipérbolas más deslumbradoras mi juramento, y en el calor de la improvisación me lancé á darle un abrazo... Del abrazo quise pasar á darle un beso en la mejilla, pero ella desvió el rostro vivamente y me quedé con las ganas... Limitábame á besar ardorosamente sus lindas manos, cuando me dijo con severa dulzura: «Admito muy agradecida su oferta caballerosa, pero ello ha de ser sin el menor quebranto ni perjuicio de mi honestidad... La honestidad es lo primero... No habrá nada entre nosotros que no podamos decir á nuestros confesores.»

Asentí, afirmé, corroboré con desaforados aspavientos.

XI

Mi primer cuidado en los días subsiguientes fué contener la impaciencia de *Chilivistra*, ganosa de lanzarse á románticas aventuras... Una noche, al salir del teatro del Príncipe, encontré á *Leona* que me soltó esta sorprendente noticia: «¿No sabes? Está aquí *don Florestán de Calabria*. Se ha escapado con un oficial de Iberia, herido, que viene á convalecer al lado de su familia. ¡Pobre don Genaro! Ayer tarde me tropecé con él en la calle. Al

pronto no le conocí. Se ha cortado las mechas, pero trae todavía la cara de hambre, los cachetes dados de almazarrón y la perilla pintadita con el humo de la sartén. Me dijo dónde vive, pero no *me recuerdo*... ¡Ay, ya doy con ello!... Vive con David Montero. Si tú sabes el domicilio de éste podrás abocarte con el chiflado *don Florestán*... ¡Ah! también tienes aquí á Dorita, que rompió con Fructuoso por un *agravio contundente*, quiero decir *bofetás*... ¡Y qué cosas cuentan de lo que en Cartagena ha pasado! Dice mi señor que aquello ha sido el acabóse de la *apocalipsis*.»

Sin más averiguaciones me fuí al día siguiente á la calle de los Reyes, 15, taller del armero Calixto Peñuela, famoso por su habilidad en la compostura de escopetas de caza. Era éste un hombre de pocas palabras, de corta estatura, calvo, afeitado. Entornaba los ojos para mirar por ser corto de vista, y se cubría con un blusón ó mandil azul hasta los pies. En él vi el último representante vivo de aquellas ilustres familias de armeros de Madrid, que tanta honra y prez dieron á su industria en el siglo XVIII.

Su tienda era negra, desordenada, llena de piezas sueltas, de armas de fuego en situación de reforma. Advertí que no tenía en el taller ninguna silla, sin duda para que sus numerosos parroquianos no se sentaran á darle conversación. Si el hombre era histórico, éralo también la casa, que había pertenecido á don Francisco Goya.

Con el adusto artífice hablé lo preciso para

formular mi pregunta, mas solo obtuve una respuesta rotundamente negativa: ignoraba quién era el tal David Montero. Comprendiendo que quería guardar el incógnito á su amigo, pronuncié el fingido nombre que el tal me confió en la estación de Chinchilla: *Simón de la Roda*. Al oírlo, Peñuela salió conmigo á la puerta, y señalando calle abajo me dijo en forma seca y lacónica: «En esta misma acera verá usted, tres casas más allá, una que no tiene más que un piso alto, con un balcón y dos ventanuchos. En ese piso hallará usted á *Simón*.»

Al poco rato abrazaba yo á David, á quien encontré limando una pieza de ajuste en un torno, junto á la ventana. No vestía ya de negro, y del disfraz con que le vi en Chinchilla sólo conservaba el total rapado de sus barbas. Apenas habíamos cambiado algunas impresiones sobre las cosas de Cartagena, cuando vi entrar á *don Florestán*, que venía de la compra con su cesta al brazo. Al verme se deshizo en cumplimientos y demostraciones de alegría, y habló de esta manera:

«Aún tengo tiempo de encender la lumbré... Ya ve usted, señor don Tito, en qué menesteres anda el pobre don Genaro de Bocángel... Esa bigarda de Dorita, que pasa todas las noches corriendo las siete partidas con bailarines, toreros y hombres de mal vivir, se acuesta á la hora de las burras de leche, y todavía la tiene usted dormida como una marmota. Pero aquí está el hidalgo entre los hidalgos, obligado á tirar de cacerola y so-

plillo, cosa tan contraria ¡oh Dios mío! á su abolengo y á su nombre... Soportemos, aguantemos con paciencia estas humillaciones, que pronto ha de llegar la buena... Habrá usted visto, señor historiador *don Tito Livio*, que se cumplieron mis predicciones: ya está establecido el *Cantón Mantuano*, aunque disimulado y so color de Centralismo para desorientar á los *alfonsainas*.

—Sí, sí—dijo Montero, sarcástico;—¡bonito está el Cantón Matritense, obra de Pavía, Serrano y García Ruiz!... Coja usted la cesta, *don Florestán*, y váyase á la cocina, que yo cuidaré de tirar de una pata á Dorita para que abra las pestañas, sacuda las greñas, se ponga los huesos de punta y vaya á su obligación. ¡Hala pronto, á la cocina, don Genaro!»

Rezongando se fué *el de Calabria*, y David pasó á otro aposento. Oí la voz descompuesta de Dorita maldiciendo á quien la despertaba. Volvió Montero á mi lado... Sentí el ruido que hacía la muchacha lavoteándose la jeta y requiriendo su ropa y zapatillas. Pronto apareció en la puerta alisándose las gudejas. «Este David tan súbito—exclamó entre bostezos—no la deja á una vivir.» Luego advertí que metía sus blanduras torácicas dentro de un corsé muy deteriorado.

«Siéntese junto á mí, Tito—me dijo Montero.—Por esta gente y por otros que han venido huyendo de la quema, sé lo que ha pasado en Cartagena. En los primeros días de Enero arreció el fuego por una y otra par-

te con intensidad aterradora... Los Cantonales izaron en todos los fuertes bandera negra, y los Centralistas se apoderaron de la ermita del monte Calvario, después de retirarse la poca fuerza que la guarneecía. Me han dicho también que la *Tetuán* no ardió por un hecho casual. Cuentan que uno de los fogoneros de la fragata, encerrados en el Presidio, fué malherido en el vientre por un casco de granada, y que antes de morir confesó que había pegado fuego á las estopas de limpiar las máquinas, después de rociarlas con petróleo, recibiendo por este servicio treinta mil reales. Así me lo han referido; no respondo de que ello sea cierto...

»Por el teniente de Iberia que trajo á *don Florestán*, he sabido que López Domínguez recibió el día 3 un telegrama del General Pavía dándole cuenta del golpe de Estado y diciéndole que tal acto fué tan sólo una medida heroica para sacar á España del anarquismo y del caos. Añadía el telegrama que acababa de formarse un Gobierno Nacional, y á éste se adhirió aquel Ejército, sin más reserva que la del Coronel de Ingenieros señor Ibarreta, el cual manifestó que su Cuerpo jamás se había sublevado contra los Gobiernos constituidos.

—Y en tanto—pregunté yo—¿siguieron bravamente unos y otros la lucha emprendida?

—Sí—contestó David.—El día 4, los sitiadores rompieron un fuego vivísimo contra el castillo de Galeras, y los sitiados reforzaron

sus medios de defensa montando un enorme cañón Barrios en el baluarte de la puerta de Madrid. La jornada fué muy dura... En ese día subió al cielo de los inmortales el intrépido rufián don José Tercero (a) *El Empalmaa*.

—Lo que prueba, amigo mío—observé yo,—que toda una existencia de acciones villanas puede ser redimida en una semana de sacrificios heroicos.

—Así es—afirmó sentencioso David,—y no pocos ejemplos hay de ello en la Historia.

—Tengo entendido que voló el Parque.

—Sí, el 6 al mediodía. El estruendo produjo efectos de terremoto. Perecieron en el momento de la catástrofe más de cincuenta personas, y otras tantas, espantosamente mutiladas, fueron extinguiéndose en los días sucesivos. ¡Horrible, horrible!... Lo más importante que vino después fué que López Domínguez, apreciando los estragos que su Artillería causó en los baluartes de Madrid y Muralla, amenazó con emplazar cañones de gran calibre á setecientos metros de la Plaza, para abrir brechas que facilitasen el asalto. Tales amenazas produjeron mayor exaltación en las fuerzas Cantonales, y los presidiarios dijeron que ellos serían los primeros en ocupar las brechas para recibir dignamente á los sitiadores, *sobre todo si venía delante la Guardia Civil.*»

En esto llegó á nuestros oídos el rumorcillo de un altercado en lo interior de la casa, y se nos presentó *don Florestán*, compungido,

diciendo: «Señor Montero, señor don Tito: Dorita me ha pegado. Vean el estropicio que me ha hecho en la frente con las tenazas. Y todo porque quise arrimar á la lumbre el cazo en que hago mi café. Más que el golpe he sentido que me haya llamado ladrón.»

Antes risueño que compadecido, Montero le incitó á llevar con paciencia las genialidades de Dorita. Iguales exhortaciones le hice yo. Pero el desdichado Bocángel, adoptando el tono patético y lacrimoso, se expresó de esta manera: «¡No, señor Montero; las humillaciones que sufro aquí no se compadecen con mi carácter altivo! El pan que como en su casa de usted es demasiado amargo, y no pasa por mi gáznate sin producirme vascas horribles. Ya sabe usted que mi prima, la dama ilustre que ha venido á la triste condición de patrona de huéspedes, no quiere admitirme en su casa si no le doy adelantadas las tres pesetas del pupilaje. Pero hay Providencia, señor David, y un hombre como yo no puede andar pidiendo limosna por las calles.

—Eso no, eso no lo consentiremos—dije yo dando ánimos al infortunado prócer.—¡Pues no faltaba más!

—Usted, señor don Tito, que sabe tanta Historia—prosiguió don Genaro,—no ignora que también tengo en mi abolengo ramificaciones con la nobleza castellana. Por mi madre estoy emparentado con el famoso personaje del siglo xvi Ruy Gómez de Silva, esposo de la Princesa de Eboli, el cual Silva

figura en la ópera que llaman *Hernani*, donde sale cantando por todo lo alto... Pero deajo aparte estas grandezas pasadas para repetir que hay Providencia. ¡Vaya si la hay! Sepan ustedes que me ha salido una protectora sumamente caritativa, quien me ha señalado un corto emolumento para vivir con el decoro que cumple á mi linaje... Y ahora, señor don David, agradeciéndole mucho su hospitalidad, le pido licencia para recoger la balumba de mis papeles, y me retiro de su casa.»

Dióle Montero el pasaporte con frases de afectuosa consideración, y don Genaro partió en seguimiento de su mejor acomodo... Dos días me bastaron para saber que la señora caritativa, ángel tutelar del *de Calabria*, era Leonarda Bravo, instalada ya en un pisito segundo de la calle de Lope de Vega, frente á las Trinitarias. A visitarla fuí una tarde. La casa estaba bien arregladita de muebles, cortinas y alfombras, y en ella campaba mi amiga como una reina que al trono de sus ilusiones había subido dignamente. Ya conocía yo el buen corazón y natural generoso de la hetaira lanzada con veloz carrera por el camino de la ilustración. Lo primero que hizo al instalarse fué señalar á *don Florestán* dos pesetas diarias para que comiese en una taberna ó figón; luego le asignó una peseta más para que le diera lección de escritura, dos horas al día, utilizando la consumada ciencia del eminente calígrafo; y remató el favor concediéndole un cuarto interno de su casa para que

pasase las noches. Ahora deajo hablar á *Leona*, que completará estas interesantes noticias.

«No sólo me enseña la escritura—dijo ella sentándose en un blando sillón—sino cosas tocantes á la poesía; porque has de saber, Tito de mis pecados, que aquí trae mi señor las más de las noches á unos amigos, que por las trazas deben ser gente de pluma, periodistas ó autores de comedias. Ello es que se ponen á decir versos, y á lo mejor salen hablándome de estos ó los otros poetas. Como yo estoy *in albis* de tal jerigonza me veo negra para poder contestarles. Pero ya verán qué pronto me entero de todo eso y los deajo con la boca abierta... *Don Florestán* me está enseñando nombres de poetas, y yo los apunto para metérmelos en la memoria. Primero me ha enseñado los españoles, y ahora está con los italianos que son los que mejor conoce, cuatro no más según dice... el Dante, el Ariosto, el Tasso, el *Petaca*...

—Petarca, mujer, Petarca—dije yo.—Ten cuidado, fíjate bien.

—Ha sido una coladura—me contestó Leonarda.—Pero ya pongo en ello mis cinco sentidos, y delante de gente no suelto uno de estos nombres hasta que no estoy bien asegurada de las letras que tiene.»

Felicité á mi amiga por el paso feliz que acababa de dar en su regeneración mundana, y por sus adelantos en el arte de hablar bien, á los que se unirían pronto algunos conocimientos literarios. En ella se manifestaban, cada día más claramente, una inteligencia

muy aguda y una voluntad bien templada para la vida.

Ocasión es ésta de deciros algo del señor á cuya sombra realizaba Leonarda sus planes educativos, y os daré clara razón de él, reservando su nombre conforme á la delicada prescripción de su coima. Era el empingotado caballero un terrible burócrata, que siempre tenía puesto en las situaciones liberales por su pericia en el mangoneo expedientil. Conocióme yo de vista y no dejaba de admirar su corpulenta figura, su pulida ropa, la mirada de protección y los andares majestuosos que centuplicaban su indudable importancia. Bigote y perilla muy poblados y teñidos de negro decoraban su rostro. En su pechera y en sus dedos lucían brillantes espléndidos.

Pero lo más característico de tan imponente persona eran los sombreros que usaba. La forma de tan descomunales chisteras estuvo muy en auge del 60 al 70: el primero que la llevó fué don José Salamanca. Adoptada después por el *Marqués del Bacalao*, Gándara, un conocido agente de negocios y varios bolsistas y banqueros, siguió imperando en un corto número de cabezas de notoria respetabilidad. Cuentan que fué Ministro un sujeto por el solo mérito de usar aquella prenda, cuya especialidad tenían los sombrereros Campo y Odone. Era un armatoste de alas anchas y retorcidas por los lados, con alta copa cilíndrica semejante á la chimenea de un vapor. El arrimo de *La Brava* usó siempre la forma

más hiperbólica. Visto por detrás, el ajuste del sombrero en la cabeza dejaba á la intemperie un segmento de la lustrosa calva del buen señor. Completo en dos palabras el trazado de esta figura diciéndoos que era uno de esos inconmensurables imbéciles que están siempre en candelero.

Visité yo algunas tardes á *Leona*, hurtándole las vueltas al caballero burócrata, para no tropezarme con él. Un día me recibió mi amiga cuando terminaba su lección de escritura, y por cierto que escribía ya gallardamente, con finos y elegantes trazos. ¡Vaya una mujer! ¡Qué aplicación, qué tenacidad, qué inteligencia!...

Viendo salir al pobrecillo *don Florestán*, observamos que pisaba con el contrafuerte. Movida á compasión, *Leona* le llamó y le dijo: «*Florestancito*, no quiero verle más con esas botas; tirelas, y aquí tiene tres duros para comprar unas nuevas.» Elogié yo su caridad, presagiándole que por esta virtud, y por otras cosas que no son virtud, llegaría seguramente á las mayores alturas de la esfera mundana. Ella, riendo, me contestó: «Déjame á mí de alturas, *Titillo*, que yo, con la modestia que me caracteriza, andaré siempre á flor de tierra.

—No, *Leona*—afirmé.—En ti se revela una cortesana de alto vuelo, que será tal vez ornamento de la sociedad futura.»

Disimulando con graciosos mohínes la hinchazón de su orgullo, me soltó este verso, seguido de una fantástica cita literaria: «... *Lás-*

tima grande—que no fuera verdad tanta belleza... como dijo el Petrarca.»

Gozoso y echando facha con sus flamantes botas se me apareció una noche don *Florestán*, cerca de la casa en que moraba su protectora. Me paró y entablamos el siguiente diálogo, que no carece de interés histórico:

«Caballero don Tito, ¿va usted á casa de doña Leonarda?

—No, hijo, que allí estará el señor del chisterómetro.

—En efecto, allí le tiene usted, acompañado de dos poetas tristes y dos bolsistas alegres que hacen sus versos con números. Leonardita á todos les oye y de todos aprende: ya sabe decir que el Interior está á 45,90, que los Bonos del Tesoro se cotizan á 33,12.

—Y á Montero ¿ha vuelto usted á verle?

—Sí señor, pero no en su casa. ¡Dios me libre de encontrarme con Dorita, que es más mala que un dolor de muelas! He visto á don David en un sotabanco de la calle de San Leonardo, donde mora una tal *Graziella*, italiana, que estaba en Cartagena y de allá vino huyendo hace días.

—¡Por Baco, por todos los númenes de Italia, qué grata noticia me da usted! ¡*Graziella* en Madrid! Iré á verla mañana... ¿Habrá venido con el bestia de Perico?

—No señor. Ha venido con Fructuoso Manrique, ese caballerete semejante á un palo del telégrafo que, según me dijo *El Empalmaa* (q. s. g. h.), era novio de Dorita.

—*Graziella* es mujer donosa y atractiva.

Entiende de cábala y se divierte con hechicerías que embelesan y cautivan el ánimo.

—¡A quién se lo cuenta usted!—exclamó don *Florestán*.—En Cartagena, mediante el estipendio de cinco duros, le hice yo una copia del *Manual Hebraico de Salomón Safetir*, donde están todos los signos, trazos y garabates que sirven para el barrunto y adivinación de lo venidero, y para saber lo que está pasando á cien mil leguas de distancia en la esfera terráquea... Apenas llegó aquí, la *Graziella* puso taller y despacho de adivinanzas, con tan buena mano que allí tiene un jubileo de mujeres del pueblo y de señoras de alto copete, que van á que les echen las cartas para descubrir los enredos de amantes ó maridos.

—¿Estará haciendo su agosto?

—Ya lo creo. Cuando le pagan bien trae á capítulo á los animales del Zodíaco, *el Carnero, el Toro, el Escorpión, el Macho Cabrio*, y á los que no son animales como *Géminis y Libra ó la Balanza* que, entre paréntesis, es el signo que presidió mi nacimiento, por lo cual estoy destinado á defender y hacer triunfar la justicia. Mi misión es no tener descanso hasta conseguir que la maldita mano muerta no se apodere por inicuos legados de lo que no es suyo... Cuando usted tenga un rato disponible le daré á conocer las cartas que estoy escribiendo al General Pavía, al General Serrano, al señor García Ruiz y al señor Martos, señalándoles el camino que deben seguir para que las leyes tocantes á la he-

rencia no sean conforme al capricho de una vieja loca, sino ajustadas al fuero de Naturaleza.»

No se me cocía el pan hasta encararme con *Graziella*, y allá me fui á media mañana del siguiente día. El taller mágico de la italiana diabólica radicaba en el piso más eminente de la casa en que vivió y murió el buen don Hilario de la Peña. Cuando yo remontaba con dificultad la escalera, mi audaz imaginación me hizo creer que ante mí corrían negros y peludos diablillos... En una estancia larga y de bajo techo encontré á *Graziella*, tan picaresca y sugestiva como siempre, sentada á lo musulmán sobre un tapiz moruno. Vestía también al uso marroquí, con chaquetilla roja recamada de aljófar, amplios calzones y babuchas encarnadas. Entre sus piernas dormitaban dos gatos negros, que á mi parecer, eran los mismos con quienes jugueteó el santo don Hilario momentos antes de expirar. A un lado y otro de la maga lucían dos velas verdes. En el suelo vi un cuervo atado con delgada cadena, y un buho que en platillo de barro comía su ración de carne cruda.

Al verme entrar, la diablesa soltó la risa y...

XII

Yo también me reí viéndola con el atrezo y decorado de las hechiceras de comedia de magia. «Esto, en verdad—me dijo,—no es para tomarlo á guasa, porque gana el dinero á es-

puertas... Ya puedes retirarte por el foro: es la hora que he fijado para la entrada del público... Mi parroquia es la Humanidad que, como sabes, fué siempre tonta de remate.» Respondíle que haría mutis inmediatamente, pues mi visita no tenía más objeto que ver á Fructuoso Manrique. ¿Estaba ó no estaba en casa? Me indicó *Graziella* una puerta cercana, diciendo: «Por ahí pasas á mi alcoba, y de ésta á otro aposento donde encontrarás á Manriquito tumbado en un sofá de Vitoria. Ha pasado toda la noche fuera y está rendido de cansancio. El también desea mucho verte. Ya te dirá...»

Momentos después había logrado despertar á Fructuoso, y platicábamos de diversas cosas interesantes. Lo primero que me dijo fué que había pasado la noche con Montero, en el domicilio de éste, y que ambos estaban inquietos. Sentían cerca de sí el acecho policiaco como fugitivos del Cantón. Se tranquilizó al saber mi amistad con un inspector de la secreta, Serafín de San José, á quien yo había colocado tiempo atrás de guardia de Orden Público. Aquella misma tarde procuraría verle, seguro de tener á dicho individuo á nuestra completa devoción... El coloquio fué rodando por modo natural hacia los incidentes que precedieron á la caída de Cartagena en poder de los Centralistas. A este propósito, me refirió Manrique lo que á la letra copio:

«La defección del castillo de Atalaya, que está, como recordarás, en un monte que do-